

Woodrow Wilson y la democracia universal de los negocios

José Luis Orozco*

Resumen

El autor señala que la denominada época del progresivismo estadounidense, que se extiende de 1898 a 1920, envuelve un enorme proceso de reconversión al interior y al exterior de las fuerzas que configuran ya el siglo americano. En este trabajo, el autor cita a Mary Parker Follett, quien asienta los modos en los cuales el Estado norteamericano se abre paso desde los grupos vecinales y las corporaciones empresariales hasta compatibilizar las formas particulares y la forma total en el juego del pluralismo y el federalismo. Para la citada, la organización de grupo será el nuevo método en la política, el fundamento de un sistema industrial futuro y el cimiento del orden internacional.

Los elementos de la democracia universal de los negocios son, al interior, una introducción mayor de los agentes científicos que civilizan empresarialmente la democracia y, al exterior, la transnacionalización empresarial estadounidense que Woodrow Wilson interpreta desde mediados de 1916 como la liberación dentro de los mismos negocios de todo tutelaje direccional y así como la cancelación afuera de las viejas fronteras artificiales de la política internacional.

1. La democracia universal de los negocios

La denominada época del Progresivismo estadounidense que se extiende de 1898 (el año de la *Splendid Little War* contra España) a 1920 (el punto de partida hacia la "era de la Normalidad" de los veinte) envuelve un enorme proceso de reconversión al interior y al exterior de las fuerzas que configuran ya el siglo americano.

En *The New State* (1918), síntesis maestra, olvidada, de los principales presupuestos y programas de aquella reconversión, Mary Parker Follett (1868-1933) asienta los modos en los cuales el Estado norteamericano se abre paso desde los grupos vecinales

Abstract

The author points out that the epoch named "american progressivism", which lasted from 1898 to 1920, involves a huge process of reconstruction to the interior and exterior of the forces that made up the American Century. In this paperwork, the author quotes Mary Parker Follett who brings up the ways in which the American State makes way, from the neighbors and the entrepreneurial corporations to the compatibility of the particular forms and the total form, through the game of the pluralism and federalism. According to Follett, the organization of the group will be the new method in politics, the base of a future industrial system and the foundation of the world order.

The elements of the universal business democracy are, to the interior, a greater introduction of the scientific agents that civilize entrepreneurially the democracy and, to the exterior, the entrepreneurial american transnationalization that Woodrow Wilson interpreted since 1916 as the liberation, within the same businesses, from any tutelage and the cancelation of the old artificial frontiers of the international politics.

y las corporaciones empresariales hasta compatibilizar las "formas particulares" y la "forma total" en el juego del pluralismo y el federalismo. Para ella, simplemente, "la organización de grupo será el nuevo método en la política, el fundamento de nuestro futuro sistema industrial y el cimiento del orden internacional".

¿Qué elementos y eventos viabilizan esa universalización del Estado plástico del pragmatismo? Al interior, opera la introducción mayor y mayor de la "mano invisible" de la ciencia y la *scientific management* que civilizan empresarialmente la democracia y reciclan el viejo individualismo de *frontier*; al exterior, la transnacionalización empresarial norteamericana que Woodrow Wilson interpreta desde mediados de 1916 como la liberación dentro de los mis-

* Profesor de tiempo completo de la FCPyS.

mos negocios de todo tutelaje directorial y como la cancelación afuera de las viejas fronteras artificiales de la política internacional. Si a esas alturas Walter Lippmann proyecta los usos del federalismo a escala mundial para incorporar y jerarquizar soberanías, el pluralismo de Follett calibra primero los peligros asociativos de la democracia y la igualdad.

La carga del hombre blanco —reformula Follett a Kipling— no es la de hacer a los demás iguales a él mismo. Tal y como vemos el valor del individuo, de cada individuo, así debemos ver el valor de cada nación y que a todas se les necesita.

Por ello, el interaccionismo descalifica al pretendido cosmopolitismo e internacionalismo de una clase como el que configura el naciente comunismo. Aunque sea cierta la tendencia al fin del particularismo, la lealtad al grupo nacional se mantiene, y lo prueba para la autora el que la cooperación vecinal norteamericana desemboque natural y vital en el Consejo de Defensa Nacional. “El patriotismo debe ser —asienta Follett— a cada momento, la construcción racional y autoconciente del individuo de su nación.”¹

Empero, no existe en Mary Parker Follett una antítesis nacionalista, y protofascista, del discurso dominante en Estados Unidos sobre la libertad de los mares, la remoción de las barreras arancelarias o el establecimiento de “las condiciones de igualdad de comercio” que proponen mundialmente a inicios de 1918 los Catorce Puntos de Wilson. Complementario y no antitético, el discurso organizativista de Follett insta, de frente a la ingenuidad niveladora libre-cambista, los fueros de los grupos de negocios para tender, entre natural y corporativamente, las verdaderas jerarquías vitales del mundo. Opuesta a los órdenes dinásticos y sus “equilibrios del poder”, la nueva política de presión de los negocios transnacionales se acoge a la vieja *realpolitik* a sabiendas de que las opciones estatales y autoritarias jamás se excluyen del pluriverso librecambista. A las dos grandes metodologías agregativas de la experiencia nacional norteamericana —la de la anexión territorial y la

¹ Mary Parker Follett, *The New State. Group Organization the Solution of Popular Government* (1918), Gloucester, Mass., Peter Smith, 1965, pp. 344 a 347.

de la fusión monopólica— obedece la noción follettiana, y la wilsoniana general, de la soberanía como la absorción de las soberanías que representan ideales e intereses inferiores por la soberanía superior y correcta que sabe, en las nuevas condiciones de *interdependencia*, dar a cada unidad “su valor más pleno” para, de allí, “dar nacimiento a un nuevo poder, el poder del todo más grande”. Cuestiónese así lo del “ceder” o “delegar” la soberanía a una Liga de Naciones. A la cabeza de la “cooperación organizada” en el mundo, Estados Unidos puede quedarse “con toda la soberanía real” que posee; la internacionalización de sus “standards de vida” y su cosmología y psicología de los grupos aseguran la formación última de la “voluntad internacional” competitiva y ética.²

Afirmar que los Catorce Puntos de Woodrow Wilson proponen un internacionalismo que cede *politicidad* a cambio de *economicidad* soslaya la entretenedura institucional, social y militar de los grandes negocios norteamericanos y la búsqueda al exterior de las formas políticas que mejor responden a sus necesidades productivas e intercambiarias. En aquel tono, la pedagogía sermonaria de Wilson ponía desde 1916 en primer plano la virtud industrial e intelectual y el espíritu norteamericano de equipo.

Ante nosotros —amonestaba a los comerciantes— se abre una tarea de la más colosal dificultad. No nos hemos acostumbrado al gran mundo de los negocios internacionales y debemos irnos acostumbrando a él de inmediato. Todos los provincianos deben ocupar un asiento trasero. Todos aquellos que temen la competencia deben ocupar un asiento trasero. Todos aquellos que dependen de cualquier cosa que no sea su inteligencia y su eficiencia deben ocupar un asiento trasero.

Bueno para que el ejercicio empresarial de los cosmopolitas, los competitivos, los inteligentes y los eficientes, Wilson trace ya entonces los parámetros de la *democracia de los negocios* y que ésta sancione como su ejemplar y nueva protagonista internacional a la “América” wilsoniana:

² *Ibid.*, pp. 350 a 359.

y ahora ella se presenta como si todas las naciones del mundo, seleccionadas y conjuntadas allí, estuvieran dirigiéndose en su nueva unión y su nuevo entendimiento común a servir al mundo con todos los procedimientos honestos de los negocios y la empresa.³

Mi sueño —proseguía Wilson a menos de tres meses— es que América ocupe su lugar en ese gran campo con un nuevo espíritu que jamás ha sido visto por el mundo; no el espíritu de los que excluirían a los demás, sino el espíritu de los que aventajarían a los demás.

Menor en vuelos declamatorios, su discurso recuenta los factores materiales que fortalecen aquel espíritu y nutren “nuestra ambición razonable” cifrada en “la conquista pacífica y honorable de los mercados extranjeros”. Además del impulso a la marina mercante, del deslindamiento del sur del continente para “los negocios mundiales de América” o del control del Canal de Panamá, Wilson realza lo que, planteado desde Brandeis, constituye el triunfo principal de su primer cuatrienio presidencial, la organización del sistema de la Reserva Federal. Maniataada por las anteriores leyes bancarias “en el intercambio exterior”, para Wilson

era como si América no solamente no estuviera habituada a pulsar todos los nervios de los negocios mundiales sino que abrigaba renuencia a acercárseles y no había preparado el instrumento mediante el cual pudiera tomar parte en el gran comercio del globo entero. No fue sino hasta la legislación reciente del Congreso conocida como Acta de la Reserva Federal —puntuatiza Wilson— que se dotó a los bancos federales con el equipo apropiado para que ellos puedan ayudar al comercio americano no sólo en nuestro país sino en cualquier parte del mundo donde decidan establecer instituciones sucursales.⁴

A finales de 1916, empero, irrumpe la condición

³ Woodrow Wilson, “Democracy of Business” (10 de julio de 1916), en *Selected Adresses and Public Papers of Woodrow Wilson*, compilación e introducción de Albert Bushnell Hart, New York, Boni and Liveright, Inc., Publishers, 1918, pp. 132 y ss., esp. p. 137.

⁴ Woodrow Wilson, “World Business of America” (25 de septiembre de 1916), en *ibid.*, pp. 157 a 162.

viabilizadora de la expansividad empresarial norteamericana. Bajo la premisa de que “el mundo jamás volverá a ser lo que ha sido”, y menos todavía Estados Unidos, Woodrow Wilson celebra ya el gran viraje de la *realekonomik* que abarca “de un lado al otro del Atlántico y de un lado al otro del Pacífico”. Gran viraje porque

en tanto solíamos hallarnos siempre en busca de la asistencia y la activación procedente de otros países, en busca siempre del capital de otros países para apoyar nuestras inversiones y en dependencia de los mercados extranjeros para la venta de nuestras obligaciones, ahora hemos redimido esas obligaciones en más del cincuenta por ciento. *Nos hemos vuelto no los deudores sino los acreedores del mundo* y desempeñamos ahora el papel rector en el orden en el que participaban otras naciones para promover las industrias tan ampliamente extendidas como el mundo mismo.

La transformación, dirá Wilson, es digna de los anales de la historia y mueve a grandes resoluciones.

Podemos determinar en gran medida quién será financiado y quién no será financiado. He aquí la razón por la cual yo digo que Estados Unidos jamás volverá a ser de nuevo lo que ha sido. Por ello no basta mirar detrás de los hombros, como lo hacen algunos caballeros, o sugerir que volvamos a hacer lo que hacíamos cuando éramos provincianos y estábamos aislados y desconectados de las grandes fuerzas mundiales. Ahora nos hallamos en la corriente principal de la humanidad que habrá de determinar la política de todos los países del mundo.⁵

2. La guerra como continuación de la democracia de los negocios

Pero el viraje de la *realekonomik* induce otros virajes. Para asegurar la práctica del financiamiento justo y la libertad empresarial será necesario volver al

⁵ Woodrow Wilson, “The End of Isolation” (4 de noviembre de 1916), en *ibid.*, pp. 164 y 165 (cursivas mías).

mundo *safe for democracy* librando en Europa la guerra que pondrá fin a todas las guerras y las reliquias improductivas de la autocracia y el imperialismo. Viabilizadora última del sueño wilsoniano, la intervención armada no sólo significa la ruptura de la promesa neutralista de 1916, sino la movilización y conscripción populares y el ensamblaje de un difícil consenso cuyos componentes van del realismo protestante a los decálogos purificadores del *americanismo* o la denostación al socialismo y la deportación de sus cabecillas. Intelectualmente, el pragmatismo y el managerialismo legitiman que se gire “de la neutralidad amistosa a la participación en la guerra” en el nombre de un “gran ajuste moral” que conjunta *socialmente* a la democracia y la guerra.

Entre más ama uno la paz (y por paz, desde luego, no doy a entender la mera ausencia de conflicto militar) —escribe John Dewey en *The New Republic*— más obligado se ve uno a preguntarse cómo se pone en operación la maquinaria para preservarla y sus ordenamientos específicos y concretamente sociales, exactamente comparables a los dispositivos de la ingeniería física.

Enmendar la conciencia autoengañada de quienes objetan la guerra requiere ahora en Dewey

un método más social y menos personal y evangélico. El remedio es conectar la conciencia con las fuerzas que están moviéndose hacia otra dirección. Entonces la conciencia misma poseerá poder compulsivo en lugar de ser para siempre la martirizada y la reprimida.⁶

Ante los *war intellectuals* que prefiguraron a los mandarines y *managers* de la Seguridad Nacional, Randolph Bourne (1886-1918) alerta sobre la “bendición papal” que otorga Dewey a la trampa del pragmatismo y el absolutismo nacionalista del *Eastern ruling group*. Solamente “la actitud instrumental hacia la vida” explica que el *liberalismo de guerra* tenga detrás de sí “las fuerzas menos democráticas de

⁶ John Dewey, “Conscience and Compulsion”, *The New Republic*, XI (14 de julio de 1917), en *The World of Randolph Bourne*, compilación e introducción de Lillian Schlissel, New York, E.P. Dutton & Co. Inc., 1965, pp. 125 a 129.

la vida americana” y, con ellas, las de una *intelligentsia* que reemplaza la fascinación ante lo marcial por la fascinación ante lo técnico.

Este amadrigamiento en las técnicas de la guerra —expone Bourne— encubre el hueco donde debe hallarse la filosofía democrática. Nuestros intelectuales se casan con las juntas de guerra para apartar sus inteligencias de la cuestión de qué es lo que realmente desean las lentas masas populares o a dónde conduce realmente la mejor esperanza del país.

No hay liderazgo alguno en “esta complacencia del intelecto americano en abrir las esclusas e inundarnos con las aguas negras del espíritu de guerra”; lejos de la creatividad, del estudio de la democracia nacional e internacional o la erradicación de la guerra, las *wartechiques* y el oficio de los “finés menores” reconcilian a los intelectuales con los hechos. “Sus conflictos mentales han sido resueltos mucho más simplemente”, aseveraba Bourne de aquéllos y de los futuros *think tankers*, “¡La guerra en el interés de la democracia! Esta fue casi la suma de su filosofía”. “La universidad americana es un lugar efervescente y feliz estos días”, concluía. “La acción simple, sin cuestionamientos, ha echado fuera los embrollos del pensamiento. El pensador baila con la realidad”.⁷

¿Bailan o no con la realidad el Walter Lippmann y su tecnología del consenso a los que no arredran las alternancias de la autocracia y la democracia en tiempos de guerra y los delicados equilibrios de la opinión pública y la conscripción militar? Lippmann escribe a Woodrow Wilson bajo el “todos nosotros” del *The New Republic* que pone a la disposición presidencial:

sentimos que sería casi imposible reclutar un ejército considerable mediante el alistamiento voluntario, y no hay ningún prospecto de servicio militar inmediato en vista de la condición actual del mercado de trabajo, de no ser una campaña de prensa de odio manufacturado que

⁷ Randolph S. Bourne, “The War and the Intellectuals” (junio de 1917) y “Twilight of Idols” (octubre de 1917), en *War and the Intellectuals. Essays by Randolph S. Bourne, 1915-1919*, compilación e introducción de Carl Resek, New York, Harper Torchbooks, Harper & Row, Publishers, Evanston and London, 1964, pp. 3 y ss., esp. 5 y 11 y pp. 53 y ss., esp. p. 58, respectivamente.

podría disturbar y distraer el estado de ánimo de la nación.

Management de la movilización para la guerra, la de Lippmann sopesa recientes experiencias británicas y aconseja rehuir envenenamientos y apresuramientos sociales y sobre cómo ejercer la censura; su objetivo de reclutar medio millón de hombres se articula al día siguiente de la declaración wilsoniana de guerra en un plan para registrar, seleccionar, exentar y convocar promociones que

evita la campaña de reclutamiento, evita un sistema desordenado de voluntarios y mala utilización del talento y mantiene por el momento el principio del voluntariado y coloca las bases de la obligatoriedad en el caso de que resulte necesaria.⁸

Tanto como la manufactura del consenso belicista, el liberalismo de guerra demanda que sus titulares empresariales acaudillen unitariamente la lucha contra la autocracia para asegurar que la propia guerra, parafraseando a Clausewitz, no sea otra cosa que la continuación de la democracia de los negocios. ¿Quién mejor que el financiero Bernard Baruch (1870-1965) para colocar, desde la presidencia del Consejo de Industrias de Guerra, a los negocios como el *élan* democrático de la intervención en Europa. Notable especulador y asesor político, a Baruch toca verter desde 1917, y ya institucionalmente desde marzo de 1918, las metodologías de la ciencia y la administración en el Complejo Industrial-Militar norteamericano.

Ahora que —constata Baruch en su ulterior Reporte de 1921 al ejecutivo— el temperamento y los hábitos de nuestro pueblo, la extensión de nuestro territorio y la magnitud de nuestra riqueza industrial aportaron muchos nuevos aspectos a la situación. Prevalece una teoría general profundamente impregnada en nuestros hábitos políticos en el sentido de que el gobierno no debe interferir en los procesos de negocios en nada más de lo que sea necesario para preservar el principio de la competencia equi-

⁸ Walter Lippmann, Cartas a Woodrow Wilson del 6 de febrero y el 3 de abril de 1917, en *Public Philosopher*, pp. 60 y 61 y 63 y 64.

tativa (*fair competition*) y asegurar la observancia de las obligaciones legales ordinarias. El desarrollo y el proceso se confían a la iniciativa individual. El bienestar político ha de ser servido por el propósito común espontáneo de un pueblo libre. El sentimiento de nuestro pueblo fue unánime en relación a los objetivos de la guerra. Los hombres de todas partes del país, los propietarios y los trabajadores de todo comercio e industria estuvieron cada uno más que listo para desempeñar su papel.⁹

Elevados los negocios a gran protagonista histórico de la democracia, no hay sino consonancia liberal y republicana en el hecho de que sus asociaciones cupulares adquieran representación orgánica en el Consejo que Baruch preside.

A partir del temprano otoño de 1917 —anota éste— la Cámara de Comercio de los Estados Unidos complementó el trabajo ya emprendido al prestar su poderoso apoyo a la tarea de organizar las restantes industrias básicas del país, de tal manera que cada una estuviera representada por un comité de servicios de guerra que funcionaría en interés de la industria como punto de contacto con el gobierno.

Al igual que la democracia como fin y la autocracia como medio se entreveran en la guerra, la integración del liberalismo y el estatismo presuponen la coordinación de los organismos empresariales y gubernamentales. “Adam Smith enseñó que la ley de hierro de la naturaleza generaría siempre su propio equilibrio”, afirma Baruch en torno a la fijación de precios: “sea o no que este principio resulte generalmente verdadero”, templa luego, “ciertamente no resultaba verdadero bajo condiciones de guerra...” Y es que, esclarece Baruch, “no hay fuerza que tienda naturalmente a ajustar el valor del mercado al costo de la producción”; lo cual, a su vez, no significa que la “compensación justa” que establece entonces el comité cuasijudicial de fijación de precios constituya una “determinación artificial”. El recurso a la *scientific management* por parte de las comisiones guber-

⁹ Bernard M. Baruch, Chairman, *American Industry in the War. A Report of the War Industries Board* (marzo de 1921), Prefacio de Bernard M. Baruch, Introducción de Hugh S. Johnson, Compilación de Richard H. Hippelheuser, New York, Prentice-Hall, Inc., 1941, pp. 15 y 16.

namental-empresariales garantiza en lo particular una "acción armónica del lado de las adquisiciones" y, en lo general, la condición liberal y democrática del Estado permeable al interés de los negocios.¹⁰

3. Estados Unidos como el *trustee* del liberalismo internacional

Porque ésta es para nosotros una guerra de espíritu elevado y desinteresado en la cual se unen todos los pueblos libres del mundo para la vindicación del derecho, una guerra para la preservación de nuestra nación y de todo a lo que ella ha mantenido lealtad de principio y propósito,

subraya Woodrow Wilson en su mensaje al Congreso de Estados Unidos a finales de 1917, "es que nos sentimos doblemente obligados a proponer para su terminación solamente aquello que es correcto (righteous) y de intención irreprochable tanto para nuestros enemigos como para nuestros amigos". Al acercarse "el momento supremo de la historia", el calvinismo wilsoniano se condensa en la propuesta de una nueva y radical *partnership* mundial: "Esa asociación debe ser una asociación de pueblos, no una mera asociación de gobiernos". Una política de apertura y verdad, de *self-government* y federalismo económico y autodeterminación nacional, de oposición al colonialismo y la autocracia, arrasa las viejas formas y las estructuras limitantes del gobierno al dar paso a la substancia superior de la economía y la ética. Para asegurar su ordenada fluidez, Wilson puede ahora arrogarse los títulos del *trustee* del liberalismo internacional. "Buscamos los cimientos permanentes, no los provisionales, de la paz del mundo", proclama: "y hemos de hacerlo candorosa e intrépidamente. Como siempre, se evidenciará que lo oportuno es lo justo".¹¹

Más sobriamente, Walter Weyl explora en 1917 la alineación de la estructura internacional ante "las grandes fuerzas económicas" cuya corriente parece

¹⁰ *Ibid.*, pp. 22 y 23 y 78 a 80.

¹¹ Woodrow Wilson, "No Peace with Autocracy" (4 de diciembre de 1917), en *War Addresses of Woodrow Wilson*, introducción y notas de Arthur Roy Leonard, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, Columbus and San Francisco, Ginn and Company, 1918, pp. 83, 86 y 90.

entonces desviarse por el egoísmo competitivista, el pacifismo vuelto ya reaccionario o el patriotismo invocante del "honor nacional". A la manera de Charles Beard, Weyl querrá captar la "constitución económica" del mundo en la última coincidencia de la economía, la política y la diplomacia. Con los amigos y los intereses de *The New Republic*, Weyl posee la conciencia de que la nueva hegemonía internacional norteamericana acarrea "una completa revolución en la vida internacional": a ella toca el encontrar "los fundamentos reales de la paz" que por un lado surgen ya de la interdependencia y la integración productiva, financiera y del mercado mundial y, por el otro, se traban en la podredumbre de la normatividad estatal y el nacionalismo político irracional. A pesar de que el reformismo, el selectivismo histórico y el voluntarismo de la plusvalía y la abundancia le mueven a concebir una diplomacia norteamericana por encima de las presiones inmediatas, *de luxe*, Weyl guarda su distancia del internacionalismo ingenuo que confía la disolución del conflicto a la democracia, la educación y la industria: la *Pax Corporativa* que asoma en sus primeras páginas no ignora las realidades "del imperialismo, el nacionalismo exagerado y las guerras coloniales". "Entrar en la carrera internacional sin un sentido de las condiciones que están debajo de la paz y la guerra", resume Weyl, "es caminar en la obscuridad a lo largo de un sendero peligroso".¹²

La cauta inteligencia elitista de Weyl contrasta con la desbordada visión hegemónica de la historia de Samuel Gompers.

El comercio —expone Gompers desde los inicios de la Primera Guerra Mundial— es el gran civilizador y prepara el camino a los grandes ideales, algunos sociales, algunos políticos. A dondequiera que viaja el comercio se le desprenden una ley superior e instituciones políticas más democráticas. A medida que el comercio se vuelve nacional, el gobierno se vuelve nacional en perspectiva. Ahora que el comercio ha alcanzado dimensiones mundiales, el gobierno debe también alcanzar las proporciones correspondientes.

¹² Walter E. Weyl, *American World Policies* (1917), introducción de Wilton B. Fowler, Seattle and London, University of Washington Press, 1973, esp. pp. 12 a 15.

Tiempo del internacionalismo hacia un solo polo, el del *americanismo*. "Para mí", asienta Gompers en 1917, "América es el símbolo de las ideas y los ideales de mejoramiento humano y justicia humana entre los pueblos del mundo". "América", reitera un año después, "es más que un país. América es más que un continente. América es más que un hombre. América es un ideal. América es la apoteosis de todo lo que es correcto".

Desde la venta de armas a todos los contendientes de la guerra europea hasta el engranaje de la Federación Americana del Trabajo en el Departamento de Guerra; todo lo legitima la defensa del *hombre americano* y sus derechos a la oportunidad, la expresión, la determinación y el de "crear una revolución política mediante métodos bien ordenados". De aquí que la beligerancia universal y el sacrificio nada cuenten en comparación con lo que vendrá de una guerra que, wilsonianamente, no puede sino poner fin a todas las guerras. "La voluntad humana será suprema", proclama Gompers. "El derecho, la justicia, la consideración, la oportunidad para el desarrollo y la realización de lo más elevado que pueda concebir la inteligencia humana prevalecerá y traerán la paz y el contento a toda la raza humana".¹³

Ideológicamente, los activos del liberalismo norteamericano universalizado en 1917 arañan la superficie del consenso mundial y apenas si trascienden operativamente la grandilocuencia de Wilson o las promesas reformistas que parten de la sincronía última y natural de la economía y la política. La noción de fin de todas las guerras en el despertar libertario y cooperativo de la industria y el comercio y la absorción misma de la libertad en las zonas de la prosperidad y el consumo muestran al americanismo como un liberalismo rudimentario, fundamentalista y provinciano. Una guerra alentada por "la libre industria y la libre empresa del mundo" no encaja todavía en el catálogo de las grandes convicciones europeas. Ni siquiera el artilugio místico de la conjunción de la libertad y el poder en Estados Unidos convocan ilusiones y entusiasmos.

El poderío de Estados Unidos —predica Woodrow Wilson— no representa ninguna amenaza

para ninguna nación o pueblo. Jamás será usado para la agresión o el incremento de ningún interés egoísta que tengamos. Brota de la libertad y está al servicio de la libertad.

Y es que aun la autoadjudicación norteamericana del "principio democrático" insertable en Europa con la intervención en la guerra no significa sino la promesa de que las victorias internacionales de la democracia se dejan "a los años que vendrán".

Tal y como hoy se presenta la cuestión, —dirá Weyl en 1918—, el problema no consistía en si la guerra era ya una guerra por la democracia, lo cual no creíamos, sino si debido a nuestra participación ella podría convertirse en una guerra por la democracia.¹⁴

Al deslindarse la nación democrática de la imperfecta condición liberal de sus aliados no sólo se sanciona una jerarquía universal: se erige a aquélla en la salvadora de "los pueblos libres del mundo" de las animosidades y las conjuraciones telúricas de los antiguos regímenes y los golpes revolucionarios que desata el pangermanismo. Ante los viejos órdenes, Wilson ataja desde 1917 la posibilidad de restaurar el *status quo ante bellum* al amparo del arbitraje propuesto por el papa Benedicto XV. Una "paz estable y duradera", amonesta el presidente al papa, requiere arrancar de raíz "un vasto *establishment* militar controlado por un gobierno irresponsable", irrespetuoso de las obligaciones, las prácticas y los tratados y "enemigo de las cuatro quintas partes del mundo".

Ante los presagios revolucionarios, la propia clase obrera erradica con Gompers al marxismo, "una filosofía de la economía y la sociología que emprendió el embotamiento de las mentes de los pueblos de todo el mundo". Pagándose cuentas pendientes, Gompers trazará los nexos ya irreversibles de la revolución y la autocracia en esa filosofía ("si así pudiera yo dignificarla") que traduce a "la inteligencia alemana y la actividad alemana" y evidencia que "el objetivo del pensamiento alemán era el de dominar al mundo".

¹³ Samuel Gompers, "Labor and the War" (7 de septiembre de 1914), "Canada and the War" (26 de abril de 1918) y "Nation's Tribute" (8 de noviembre de 1918), en *American Labor and the War*, por Samuel Gompers, New York, 1919, pp. 20, 204 y 205 y 268, respectivamente.

¹⁴ Cfr. Woodrow Wilson, "The Four Principles of Peace" (11 de febrero de 1918), en *War Addresses*, esp. p. 111, y Walter E. Weyl, *The End of the War*, New York, The Macmillan Company, 1918, pp. 50 y 51.

Nadie puede decir ahora si intencionalmente o no —razona Gompers— pero la verdad obliga a que se exponga que la filosofía del Socialismo Marxista fue nada más ni nada menos que el intento del poder autocrático alemán por controlar desde arriba la individualidad del pueblo. Fue y es en economía y sociología el reflejo de la forma imperial de gobierno de Alemania, presuntamente basado en el pueblo, pero no con la iniciativa del pueblo en control del gobierno sino la del gobierno en control del pueblo.¹⁵

4. La pragmática de la democracia

Una vez que la *ideological warfare* del liberalismo norteamericano configura al enemigo y sus tentáculos, la noción de amenaza otorga los títulos para la ofensiva contra el arcaico orden hegemónico europeo. Por nebuloso que sea, el expediente democrático resulta ser aquí el mejor expediente dismantelador de las estructuras inconvenientes de poder. Si para el nuevo orden liberal nada cabe esperar de “la palabra de honor de los actuales dirigentes de Alemania”, será menester establecer que la paz de “la generosidad y la justicia” no llegará hasta que *el pueblo alemán “tenga portavoces en cuya palabra podamos creer”*; el triunfo de “*la justicia plena, imparcial*” no será viable hasta que Alemania designe “representantes propiamente acreditados”, en los cuales “podamos confiar”.

Igualmente, será el inefable “consentimiento de los gobernados” el que guíe una filosofía de la autodeterminación nacional, anticolonialista y democrática, cuyo oráculo final no puede ser otro que el Woodrow Wilson anunciante del fin del colonialismo generador de la guerra y enunciante de los singulares principios universales del liberalismo pragmático. “La ‘autodeterminación’ no es una mera frase”, advierte Wilson en 1918.

Es un principio imperativo de acción que en adelante sólo ignorarán los estadistas a riesgo

¹⁵ Cfr. Woodrow Wilson, “Reply to the Pope” (27 de agosto de 1917), en *War Addresses*, pp. 62 y 63, y Samuel Gompers, “Labor’s Function in War Time” (11 de abril de 1918), en *American Labor*, pp. 185 y 186.

suyo. No podemos lograr la paz nada más pidiéndola ni mediante los arreglos de una conferencia de paz. Tampoco puede completarse a pedazos mediante los entendimientos individuales entre los Estados poderosos.¹⁶

Sobre Walter Weyl recae la tarea de verter las amplias palabras de Wilson al plano empírico y realista de una suerte de imperialismo superior o internacionalismo que se inclina “en favor de una verdadera democratización de la guerra y contra el uso meramente imperialista de la victoria”. Para que la guerra rinda “una suma de democracia e internacionalismo” deberán insuflarse en el nuevo orden mundial el idealismo y las tradiciones norteamericanas; la propuesta no es descabellada en tanto se avala por una experiencia histórica internacionalizada en virtud de las consonancias originales del republicanismo y la economía

La libertad de las naciones a ser garantizada —transcribe Weyl los textos wilsonianos— no es sino la promesa de la Doctrina Monroe extensivamente escrita; un concierto de las naciones democráticas no es una “alianza embrollada”; la libertad de los mares ha sido por largo tiempo el objetivo de la diplomacia americana. “Esos son principios americanos, políticas americanas”. En otras palabras, nuestro apoyo, incluso por la fuerza de las armas, al orden internacional en Europa, no es sino un Americanismo dilatado.

Ello vuelve natural que se quebrante “nuestra política de aislamiento” y se emprenda “una nueva cruzada”; además, dirá Weyl, “salimos al mundo para proteger nuestra propia democracia americana”. Sin optimismos ni implantes miméticos, la universalidad del federalismo o el judicialismo norteamericanos habla de misiones y conversiones, del idealismo que siembra “el nuevo espíritu que gobernará el mundo del futuro”. “Atrás hemos dejado nuestro viejo Americanismo para encontrar en el exterior un Americanismo nuevo y más anchuroso: el Internacionalismo”.¹⁷

¹⁶ Woodrow Wilson, “No Peace with Autocracy” y “The Four Principles of Peace”, *op. cit.*, pp. 79 y 80 y 106.

¹⁷ Walter E. Weyl, *The End of the War*, *op. cit.*, pp. 68 a 72.

Al lado (¿izquierdo?) de la *management* semántica y evangélica de Woodrow Wilson, el ejercicio oracular subordinado de Samuel Gompers se presta tanto a las asimilaciones del pangermanismo y el socialismo como a las polarizaciones y los maniqueísmos. Cuando acalla toda sospecha de que "el trabajo no está funcionando en la guerra" o cuando unce al movimiento obrero "amante de la paz" a la aniquilación del "prusianismo o militarismo", la beligerancia laboral de Gompers arremete por un lado contra el pacifismo y por el otro constata con "nuestro gran presidente" o "*our own wonderful Pershing*" la "singular unanimidad" con la que Estados Unidos entra en la guerra.

Gompers define el enemigo a sus agremiados:

Nunca hubo en la historia universal un hombre o un grupo de hombres que planearan tan totalmente la dominación militar del mundo; la maquinaria autocrática y militar de Alemania es quizás la más eficiente organización homicida jamás ensamblada en la historia mundial.

Adherido casi punto por punto a las posiciones de Wilson, Gompers rechaza cualquier negociación con Alemania que no suponga "el derrocamiento de la autocracia": "no puede haber compromiso entre la autocracia y la democracia". "No podemos ser neutrales; no hay tal cosa como la neutralidad en esta guerra", será la alternativa tajante de la clase obrera. "O estáis por la autocracia o estáis por la democracia: no hay ninguna otra opción para los individuos o las naciones". La intransigencia de la democracia es justa, proviene del comercio y la ciencia.

La democracia no puede ser establecida mediante remiendos al sistema autocrático —sentencia Gompers—, los fundamentos del intercambio civilizado entre los individuos deben organizarse sobre los principios de la democracia y los principios científicos del bienestar humano.¹⁸

"¿Qué estamos atacando?", se pregunta un atormentado Walter Weyl, "¿un principio o una poten-

cia, una institución política o un estado intelectual, la autocracia, el militarismo o el dominio mundial?" Para comenzar, le preocupa que la lucha contra el militarismo prusiano revierta en el militarismo propio; luego, le irrita la diplomacia de dudas y torpezas y el rehusamiento norteamericano de las fórmulas no anexionistas y no indemnizatorias que propone en 1917 la reciente democracia rusa para ser dejada sola y que Wilson califica como el *wrong use* de una *just idea*. Ante Benedicto XV, ya Wilson bosquejaba desde agosto el imperativo de no abandonar "a la Rusia recién nacida a la intriga, la sutil interferencia múltiple y la contrarrevolución segura que sería intentada por todas las influencias malignas a las cuales el gobierno alemán ha acostumbrado últimamente al mundo".

De la autocracia que engaña "a su propio pueblo", que se zafa de "cualquier regla de justicia", no puede desprenderse sino *el mal*, "las siniestras fuerzas interruptoras de la paz". "Permitásenos decir de nuevo", pedía Wilson a finales del año al Congreso norteamericano, "que antes que nada debe demostrarse la futilidad absoluta de las pretensiones de poder o liderazgo de la autocracia en el mundo moderno". No tocar las viejas armazones autocráticas o, más todavía, permitir su traslación a Rusia significaría dejarlo todo, diferir la verdadera victoria norteamericana.

El pueblo ruso —afirmará Wilson a los congresistas— *ha sido envenenado por las mismísimas falsedades que han mantenido en la obscuridad al pueblo alemán, y el veneno ha sido administrado por las mismísimas manos. El único antídoto posible es la Verdad.*¹⁹

"Sin duda alguna", asienta Weyl, "la *Junkertum* era la ciudadela de la autocracia y, por tanto, el supremo enemigo; pero resultaba ridículo el espectáculo del zar de Rusia que conducía a la democracia a una victoria sobre el absolutismo". No se trata únicamente del zarismo ruso: abstraer a Alemania de toda moralidad o criterio de justicia o demandar el castigo para sus satélites y vasallos obliga para Weyl a juzgar las prácticas de sus supuestas antítesis inglesas o

¹⁸ Samuel Gompers, "Always the Fight for Freedom" (23 de enero de 1918) y "No Peace by Negotiation" (12 de junio de 1918), en *American Labor*, op. cit., pp. 159 a 164 y 214 y 215.

¹⁹ Cfr. Walter E. Weyl, *The End of the War*, op. cit., pp. 74 y 75, y Woodrow Wilson, "Reply to the Pope" y "No Peace with Autocracy", op. cit., pp. 63 y 80 y 85.

francesas y a develar un juego internacional que muestra "tanta agresión y duplicidad de elasticidad, una intolerancia hacia la nueva democracia rusa y un deseo apenas enmascarado de territorios conquistados que hizo imposible la diplomacia de alto nivel", lamentará Weyl.

¿Cómo lograr entonces "la paz moderada y liberal" y cómo definir la democracia en ese ir y venir de "las plutocracias laxas, ineficientes y brutales" o las corrupciones y los "egoísmos sacros" de los enemigos de Alemania? "El porqué deseábamos que ellos ganaran, revela una fuerza, débil al principio pero en constante crecimiento, que nos arrojaría finalmente a la línea de batalla y a alterar nuestra relación entera con el mundo", contestó Weyl.

Esa fuerza era una tendencia a la extensión, amplificación y autopropagación de la democracia americana. En tanto *teníamos* que tomar partido, en tanto fuimos económicamente forzados a echar nuestro peso sobre uno o el otro platillo de la balanza, determinamos que la influencia de América debía estar a favor de lo que nosotros considerábamos democracia y en contra de la autocracia y el militarismo.²⁰

Cierto que la misma democracia norteamericana está lejos de la "democracia socializada" que Weyl apunta como su ideal; cierto que los linchamientos, los peculados, las improvisaciones "y nuestras ofensivas desigualdades económicas" no hacen de Es-

tados Unidos "los campeones del principio democrático", y cierta también la presencia de los *Prussian-blue reactionaries* que en el nombre de la democracia aplastan la libertad en el país.

¿Qué otra cosa podría esperarse? —inquire el realismo dialéctico de Weyl. Jamás una guerra ha sido ganada solamente por los virtuosos y es inevitable que los evasores de impuestos, los rompedores de sindicatos, los monopolistas, los alcahuetes, los caciquillos, los propietarios de talleres domiciliarios y los incoherentes quemadores de negros, por no decir nada de los delincuentes, los lunáticos y los envejecidos guardianes de casas de prostitución, deban alistarse codo a codo con otros elementos de la población.

"No somos una democracia plena *en existencia* sino *en proceso*", afirma inusitadamente Weyl a renglón seguido.

Esta es una guerra por los *cimientos* de la democracia, por la seguridad de una sociedad capitalista que evoluciona rápidamente hacia la democracia. Como varios de nuestros Aliados, combatimos no sólo por la libertad de mantener inalterada nuestra independencia, sino también por la oportunidad de ensayar el Gran Experimento, de luchar adelante hacia la consecución última de un gran ideal.²¹

²⁰ Walter Weyl, *The End of the War*, op. cit., pp. 2, 53 a 60 y 121 y ss.

²¹ *Ibid.*, pp. 94 y 97 (las primeras cursivas son mías).